

***La revolución de junio***  
**Carlos Marx**  
**29 de junio de 1848**

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *Periodismo revolucionario*, Ediciones Roca, México, 1975, páginas 20-25; con traducción al castellano (sin citar fuente) de Victoria Pujolar. Publicado en *Neue Rheinische Zeitung (Nueva Gaceta Renana)*, número 29, del 29 de junio de 1848.)

Los obreros parisinos han *sido aplastados* por la superioridad numérica; no se han *sometido*. Han sido derrotados, es verdad; pero sus enemigos han sido *vencidos*. El triunfo momentáneo de la violencia brutal ha sido pagado con la destrucción de todas las quimeras y de todas las fantasías de la Revolución de Febrero, con la disolución de todo el partido republicano histórico, con la escisión de la nación francesa en dos naciones: la de los poseedores y la de los obreros. La república tricolor lleva desde ahora un *único color*, el color de los asesinados, el *color de la sangre*. Se ha transformado en la *República Roja*.

¡Ninguna celebridad republicana, ni del *National* ni de la *Réforme* han estado con el pueblo! Sin otra dirección, sin otro medio que su ira, han resistido a la burguesía y a la soldadesca unidas, mucho más de lo que una dinastía francesa, con la fuerza de todo el aparato militar, haya podido resistir jamás a una fracción de la burguesía aliada con el pueblo. Para que la última ilusión popular se desvaneciera, para que se rompiera de una vez para siempre con el pasado, era preciso que hasta el habitual ingrediente poético de *l'émeute* francesa, la entusiasta juventud burguesa, los alumnos de *l'école polytechnique*, los sombreros de tres picos, se pasaran al campo de los polizontes. Hacía falta que los estudiantes de la facultad de medicina negaran el auxilio de la ciencia a los plebeyos heridos. ¡La ciencia no existe para el plebeyo que ha cometido una vez el indecible, el incalificable delito de combatir en las trincheras por su propia existencia, en vez de hacerlo por Luis Felipe o por el señor Marrast!

El último residuo oficial de la Revolución de Febrero, la Comisión Ejecutiva, se ha desvanecido como una entidad nebulosa ante la gravedad de los acontecimientos: los fuegos artificiales de Lamartine se han transformado en las bombas incendiarias de Cavaignac.

La *fraternité*, la fraternidad de las clases antagónicas, de las cuales una explota a la otra, esta *fraternité* proclamada en febrero, escrita en letras enormes en la frente de París, en todas las cárceles, en todos los cuarteles, y su verdadera, su genuina, su prosaica expresión es la *guerra civil*, la guerra civil en su forma más terrible, la guerra entre trabajo y capital. Aquella fraternidad llameaba en todas las ventanas de París la noche del 25 de junio, cuando el París burgués festejó con iluminaciones, mientras el París proletario ardía, chorreaba sangre, agonizaba.

La fraternidad ha durado exactamente mientras los intereses de la burguesía se han hermanado con los del proletariado. Pedantes de la vieja tradición revolucionaria de 1798; doctrinarios socialistas que pedían a la burguesía la caridad para el pueblo, y a los que se permitían largas peroratas, cuando urgía que el león proletario fuese adormecido por vanas esperanzas; republicanos que soñaban con el viejo régimen burgués, menos la cabeza coronada; opositores dinásticos a los pies de los cuales el azar había puesto el hundimiento de una dinastía, en lugar de un cambio de gobierno; legitimistas que no querían de hecho renunciar a la librea, sino tan solo modificar el corte; éstos eran los

aliados con los que el pueblo había hecho su febrero. Lo que él odiaba por instinto en Luis Felipe, no era Luis Felipe; era el dominio coronado de una clase, era el capital sobre el trono. Generoso como siempre, se imaginaba haber derrotado al enemigo una vez derribado el enemigo de su propio enemigo: el adversario *común*.

La *Revolución de Febrero* era la bella revolución, la revolución de la simpatía universal, porque los antagonismos que habían estallado en ella contra la monarquía dormitaban en paz, unos junto a otros, aún no desarrollados; porque la justicia social, que constituía su base, había alcanzado sólo una existencia vaporosa, la existencia de la frase, la existencia de la palabra. La *Revolución de Junio* es la revolución *fea*, la revolución repugnante, porque en ella la frase ha sido sustituida por el hecho, porque la misma república ha descubierto la cabeza del monstruo, arrancándole lo que era al mismo tiempo su capa y su escudo: la Corona.

*¡Orden!* fue el grito de batalla de Guizot. *¡Orden!* gritaba Sebastiani, este Guizot en pequeño, mientras rusificaba Varsovia.

*¡Orden!* grita Cavaignac, eco brutal de la Asamblea Nacional Francesa y de la burguesía republicana.

*¡Orden!* proclama la metralla al destrozar el cuerpo de los proletarios.

Ninguna de las innumerables revoluciones de la burguesía francesa, posteriores a 1789, había atentado al *orden*, porque todas dejaban subsistir el dominio de una clase, la esclavitud de los obreros, *el orden burgués*, aunque la forma política de aquel dominio y de esta esclavitud cambiase. Junio ha atacado este orden. *¡Maldito sea junio!*

Bajo el *gobierno provisional* era de buen gusto, era incluso una necesidad, predicar a los generosos obreros, los cuales, como se imprimió en miles de manifiestos oficiales, *ponían a disposición de la república tres meses de miseria*; era, al mismo tiempo, político y motivo de arranque retórico, predicar a estos generosos obreros que la Revolución de Febrero estaba hecha *en su propio interés*; que, en aquella revolución, los *intereses de los trabajadores* estaban en primer lugar en juego. Pero una vez inaugurada la Asamblea Nacional, se vuelve a lo prosaico. Como dijo el ministro Trélat sólo se trataba de *devolver al trabajo a su condición originaria*. Es decir, ¡en febrero los obreros se habían batido tan sólo para precipitarse en el fondo de una crisis económica!

La finalidad de la Asamblea Nacional era anular y rechazar la Revolución de Febrero, al menos para los obreros, y someterles otra vez al *status quo ante*.

Pero ni esto sucedió; porque el poder de la Asamblea es tan incapaz como el poder de un rey para ordenar a una crisis económica de carácter universal: ¡detente ahí! En el ansia brutal de terminar con la fraseología de febrero, la Asamblea Nacional no toma ni aquellas medidas que, incluso en el terreno del antiguo orden, habrían sido posibles. Recluta para el ejército los obreros parisinos de 17 a 25 años, o los arroja al arroyo; expulsa a los forasteros de París y los confina en Sologne, sin darles siquiera los cuatro cuartos del despido; asegura provisionalmente a los adultos la limosna de un pedazo de pan en los *ateliers* militarmente organizados, a condición de que no participen en ninguna asamblea popular; es decir, a condición de que dejen de ser republicanos. Ni la retórica sentimental posterior a febrero, ni la brutal legislación de después del 15 de mayo bastan ya. Son necesarias decisiones prácticas, concretas. ¿Habéis hecho la revolución *para vosotros*, canallas, o *para nosotros*? Planteada la cuestión en tales términos por la burguesía, en junio la respuesta no podía ser más que metralla y barricadas.

Además, como el 25 de junio admitiría un representante del pueblo, el pánico se apodera de toda la Asamblea Nacional. Esta queda estupefacta cuando demanda y respuesta inundan de sangre el *pavé*, estupefactos los unos, porque sus ilusiones se desvanecen con el humo de la pólvora; estupefactos los otros, porque no comprenden como el pueblo haya tenido la audacia de afirmar de *modo independiente*, sus *propios*

intereses. *Dinero ruso, dinero inglés, el águila bonapartista, el lirio borbónico*, amuletos de todas clases harán entrar en su caletre este singular suceso. Por ahora, *ambas alas* de la asamblea sienten que un abismo imposible de colmar les divide del pueblo. Y en defensa del pueblo, nadie se arriesga a levantarse. Pasado el asombro, estalla el furor: y no se equivoca la mayoría cuando acalla con silbidos a los míseros utopistas y fariseos que de forma anacrónica repiten la palabra *fraternité*. Es precisamente esta palabra, es precisamente la ilusión contenida en su sentido ambiguo, la que se trata de barrer. Cuando el legitimista Larochejaquelein, el caballero soñador, fulmina contra la impudicia de los que gritan *¡vae victis!*, ¡ay de los vencidos!, la mayoría de la Asamblea se lanza a una especie de baile de San Vito, como si le hubiera mordido una tarántula. Grita “desgraciados” a los trabajadores, para ocultar el hecho de que es ella la “vencida” ¡O ella debe perecer, o perece la república! Por eso, con espasmo, gime: “¡Viva la república!”

¿Puede engañar a los demócratas el abismo que se abre ante ellos? ¿Pueden incurrir en el desatino de pensar que la lucha por la forma del estado sea algo vacío de contenido, ilusorio, nulo?

Sólo almas débiles, almas viles pueden dudar. Los antagonismos que se desprenden de las mismas relaciones de la sociedad burguesa deben ser afrontados combatiendo; no pueden ser eliminados con la fantasía. La mejor forma del estado es aquella en la que los antagonismos sociales no son anulados o reprimidos por la fuerza, es decir, de modo artificial, sólo en apariencia; la mejor forma del estado es aquella en que tales antagonismos llegan al estadio de la lucha abierta, y, en consecuencia, de su solución.

Se nos preguntará si no tenemos una lágrima, un suspiro, una palabra al menos para las víctimas de la furia del pueblo: los hombres de la guardia nacional, de la guardia móvil, de la guardia republicana, del ejército.

El estado socorrerá a las viudas y los huérfanos, decretos les rendirán honores, entierros solemnes les serán reservados, la prensa oficial les declarará inmortales, la reacción europea les rendirá su homenaje de oriente a occidente.

Mas, en cuanto a los plebeyos torturados por el hambre, insultados por la prensa, abandonados por los médicos, marcados por la gente de bien con el sello de la infamia como ladrones, incendiarios y patibularios, en cuanto a sus mujeres y sus hijos arrojados a una miseria indecible, sus mejores supervivientes deportados al otro lado del océano: ceñirles de laurel la frente oscura y amenazadora, es el *privilegio*, el *derecho* de la prensa democrática.

Edicions Internacionals Sedov  
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)